

ARCHIVO

CARLOS RAMÍREZ /  Indicador POLÍTICO

Proyecto México Contemporáneo 1970 - 2020

Literatura



Cortázar en París

Carlos Ramírez



*Colección completa de
Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político
en <http://noticiatransicion.mx>
Escanea el código QR para acceder
al sitio de Noticias Transición*



2

Archivo Carlos Ramírez / Indicador Político

© Grupo de Editores del Estado de México

© Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C.

© Indicador Político.

Una edición del Centro de Estudios Políticos y de Seguridad Nacional, S.C., presidente y director general: Mtro. Carlos Ramírez, derechos reservados. Web:
<http://noticiatransicion.mx>

Cortázar en París

Carlos Ramírez



3

I

Montparnasse y el juego de Rayuela

Sin duda que Julio Cortázar ni siquiera se lo imaginó. Pero su tumba se ha convertido en un mensaje lúdico *a posteriori*.

En su novela *Rayuela*, Cortázar propone dos tipos de lectura: la primera, la tradicional, comienza en el capítulo uno y se sigue la secuencia hasta el capítulo 56. La segunda tiene que seguir un mapa de saltos de capítulos que el autor ofrece en la página de explicación pero que al final de cada capítulo señala el otro no secuencial que debe de seguir.

La intención de Cortázar la debe adivinar cada lector; o, más bien, cada lector debe de aportar su propia interpretación. Los capítulos que se intercalan son una especie de reflexiones del narrador. Cortázar había sido siempre un autor de juegos de lectura; sus cuentos más inquietantes son meras descripciones de hechos, pero contruidos verbalmente de tal manera que van al mismo tiempo redefiniendo un espacio temporal alterno pero metido en el real. *Casa tomada*, por ejemplo, o *La autopista del sur*, o *Pulóver*, son cuentos con anécdotas sencillas pero en cuya construcción verbal aporta otras claves paralelas.

El juego de capítulos de *Rayuela* fue recibido, en su momento, hace cincuenta años, en 1963, como algo novedoso. En lugar de estar intercalado en el capítulo o de aparecer —como algunos otros autores lo hicieron— en el mismo capítulo pero con letra cursiva, Cortázar los enlista al final y lleva al lector, con la atención sostenida, por otros caminos de la misma novela. Atraído por el estilo del *nouveau roman* o nueva novela de Robbe-Grillet, Cortázar da un paso más allá: el *nouveau roman* francés fue una especie de escritura automática, en la que una escena debía ser seguida verbalmente e ir abriendo el obturador, a veces con anécdotas inexistentes o menores a la propuesta estilística; el *nouveau roman* se leyó como un lector en una especie de *voyeur* o mirón, algo que el propio Robbe-Grillet casi oficializó con su novela *El mirón* en 1955, justamente en el esquema del lector como mirón, aunque menos invasivo que con la intención de que la mirada del lector utilizara la escritura como el canal de conocimiento de una realidad.

Algunas partes de las novelas de Cortázar, varios cuentos e inclusive muchos de sus artículos ofrecen páginas en las que la escritura del autor es el canal de conocimiento visual del lector, aunque en *Rayuela* Cortázar logra superar —no sé si con intención o no— al *nouveau roman* y edifica profundidades mayores. El arranque de *Rayuela* con sus recorridos por las calles parisinas con la *Maga* asemeja al estilo del lector-mirón conducido por el autor. Sin embargo, Cortázar superó al *nouveau roman* por darle profundidad sociológica, realista y psicológica a sus escenas.

4

El desafío de lectura a saltos capitulares siguiendo el mapa de Cortázar fue una novedad aunque sin causar más estragos, casi sin críticas significativas. La única que mereció registrarse fue la del escritor regionalista y costumbrista peruano José María Arguedas, aunque en sus obras a veces con estilos audaces en construcción de realidades rurales. En textos escritos en formas de diario y recogidos en el libro *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (1971) se burló de la propuesta de capítulos salteados de Cortázar, pero más molesto Arguedas por el cosmopolitismo de Cortázar y su decisión de irse de Argentina en 1951 a vivir a París para de ahí escribir —jugando con la queja de Arguedas— sobre la realidad latinoamericana pero en *parisino*.

Al margen de esas polémicas, aquí quise dar una larga introducción al asunto del mapa capitular de *Rayuela* para contar mis dos experiencias en el cementerio de Montparnasse, en París, cuando fui a buscar, entre otras, la tumba de Cortázar. En noviembre de 2011, en mi primera y tardía visita a París, uno de mis cinco principales objetivos fue el de ir a ese lugar. A la entrada del cementerio hay una pequeña oficina en la que uno puede pedir un mapa de las principales tumbas de personajes famosos sepultados ahí y un empleado de mala gana y peores humores, mascullando cosas en francés, le da al visitante una copia. Las tumbas están colocadas en unidades y cada tumba tiene un número; por tanto, en el mapa se ve la facilidad con la cual localizar la deseada. Sin embargo, hay bloques de tumbas, unas pegadas a otras y sin caminitos por los cuales circular, y no todas tienen lápida vertical sino horizontal.

Marcado el lugar de la tumba de Cortázar, mi amigo Pablo Neder —un argentino avecindado en París estudiando ciencias políticas— y yo tomamos el camino central rumbo al monumento del ángel en el centro del cementerio. Ahí nos

distrajo la tumba de Carlos Fuentes y su familia porque aparecía el escritor en la lápida pero sin fecha de muerte porque aún vivía. Luego nos dispusimos a buscar la tumba de Cortázar.

Siguiendo las instrucciones del mapa no llegamos más que a un amontonamiento de tumbas y no estaba la de Cortázar. Hicimos algunas mediciones superficiales, buscamos tumbas referenciales, calculamos sin rigor su ubicación en el espacio..., y nada. Pablo y yo nos colocamos desde diferentes puntos adivinando que en el centro debía de estar el sitio de Cortázar..., y nada. El día estaba frío —terminaba el otoño— pero de pronto salía un sol quemante que no nos dejaba concentrarnos.

Pasó una hora. En nuestra prisa —sin ninguna razón nos movíamos como con prontitud, a pesar de que nada teníamos que hacer ese día más que estar en ese cementerio. Nos sentamos a descansar un rato y a pensar una estrategia. Sabíamos que la tumba estaba donde marcaba el mapa, aunque el mapa había sido elaborado sin técnica geográfica sino más bien como dibujo sin proporciones reales. La sección de tumbas donde estaba Cortázar no era grandes, en cálculo aproximado era de unos 900 metros cuadrados, una especie de espacio de treinta metros por lado. Podíamos ver las tumbas equidistantes de las orillas. Volvimos a hacer otro intento pero sin ninguna forma ordenada y volvimos a fracasar.

De pronto tuve una idea. En el bloque donde estaba la tumba de Cortázar y en tres adyacentes había unas doce de personajes famosos. Así que la estrategia fue la de ir trazando un mapa de tumbas para irnos acercando, en el entendido de que también habría dificultad para encontrar las que nos pudieran dar puntos de referencia para llegar a Cortázar. Cerca de la de Cortázar estaba un tal César y un Honore Champion identificado como editor. Y había algunos personajes públicos, del medio artístico y cultural de Francia pero poco conocidos para el extranjero. Así que redujimos el mapa sólo a las zonas 3 —donde estaba Cortázar— 4, 7 y 8, teniendo como punto de referencia la pequeña rotonda del *Genie du sommeil éternel* o Genio del sueño eterno, una escultura de un ángel del escultor Horace Daillion. Tomando este punto como referencia, la tumba de Cortázar debía estar en un ángulo de 90 grados hacia el sureste.

De la tumba 2 del bloque 4 pasamos a la 6 del mismo bloque, luego al pequeño monumento de G en el sector 8, bajamos a las tumbas 1 y 2 del bloque 7 y hasta la 3, alejada hacia el sur, de ahí nos volteamos hacia el oeste para llegar a la tumba 4 del sector 3. Ahí descubrimos una cosa. Todos los bloques están perfectamente numerados, pero alrededor de la pequeña glorieta del ángel del sueño eterno hay pequeños triángulos que le dan forma estilística. En esos pequeños triángulos no hay numeración de bloque sino que pertenecen al más cercano.

Ahí fue nuestra confusión o el espacio lúdico del Cortázar de *Rayuela*. Para llegar a esta conclusión tuvimos que ampliar nuestro escenario de búsqueda al bloque 6, abajo del 3 y 7 y buscar las tumbas 1 (Eugene Ionesco), 9 (Lucien Bodard) y una tumba numerada con el 10 (el militar Jaureguiberry). De ahí cruzamos un pequeño sendero para arribar a uno de los triángulos que rodean el bloque 3 y buscamos la tumba 2 (el flautista Jean Pierre Rampal) y la 4 (César).

Achicado el espacio por el mapa de tumbas saltando de una a otra, era cuestión de encontrar ya de Cortázar. Ahí tampoco fue fácil. Podría decir que alrededor de la tumba buscada habría una veintena de lápidas, unas pegadas con otras, dificultando inclusive el caminar entre ellas. El juego de *Rayuela* se había extendido a la tumba.

Pero por fin encontramos la tumba. No fue fácil porque el nombre de Cortázar y su última compañera Carol Dunlop, quien murió dos años antes que él apenas están escritos en la lápida horizontal y toda ella se encuentra llena de detalles: piedras, hojas de papel, hojas de libros, boletos del metro y toda la tumba tiene escritos con tinta, todos ellos cálidos para Cortázar.

La otra experiencia con la tumba de Cortázar fue en este reciente viaje de 2013; obviamente ya no hubo problemas para localizar la tumba. Llegué directo, estuve unos minutos tomando fotos, y Pablo y yo nos fuimos a buscar otras tumbas de escritores. En un descanso en una banca dentro del cementerio, Pablo y yo platicábamos de Cortázar —Pablo como otro argentino en París— y de pronto se nos acercó un par de mujeres jóvenes, atraídos por nuestro lenguaje hispano: eran dos argentinas que andaban buscando la tumba de Cortázar. Como si fuera el mapa de capítulos de *Rayuela*, le dijimos como llegar tomando como puntos de referencia otras tumbas, pasando de un capítulo a otro; hubiera sido fácil llevarlas a la tumba, pero les dijimos que tenían que participar en el juego y ellas aceptaron.

Ya no supimos si las argentinas encontraron la tumba. Si siguieron nuestro mapa *capitambar* —capítulos y tumbas—, sin duda que la debieron de encontrar a lo largo, cuando menos, de una hora; si se desesperaron, entonces habrán sido malas lectoras de *Rayuela*.

6

II

¿Encontraríamos a la Maga?

La referencia sobre el primer encuentro de Horacio Oliveira con la *Maga* ocurrió en un café localizado en la larga rue du Cherche Midi que comienza en Saint Sulpice y termina en el boulevard de Montparnasse. En *Rayuela* Cortázar escribe como protagonista que vio salir a la *Maga* de un café de esa calle pero no da el nombre. De ahí que la indagatoria no se presentaba con solución de corto plazo. Unas tres veces recorrí esa calle de arriba abajo y me encontré con varios cafés, muchos. Aquí hay que aclarar que en París suele llamárseles cafés a lo que serían propiamente cafeterías, bares y restaurantes, aunque el común denominador sea el hecho de que tengan pequeñas mesas para dos personas sobre la banqueta de la calle.

Mi amigo Pablo Neder me resolvió el enigma. Al segundo día de esta, mi segunda estancia en París, fuimos a desayunar. Mi hotel estaba localizado más cargado a la zona de Montparnasse que a la de Saint Germain, pero equidistante para moverme caminando en ambas zonas. Subiendo por la rue de Rennes, cruzamos Cherche Midi y doblamos a la izquierda para regresar hasta la esquina del boule-

vard de Montparnasse. Y ahí, justo en la esquina de ambas, estaba un pequeño café con toldo rojo y un nombre extraño pero bastante simpático: *Au chien qui fume*, traducido como “Un perro que fuma”. Inclusive, hoy en día entregan la cuenta con una pequeña tarjeta cuadrangular con los datos del café en un lado y en la otra una caricatura muy sencilla, de trazos limpios, de un perro con orejas largas y collar con una pipa en la boca y el humo saliendo.

El café del *Chien* es más bien pequeño, con una barra interior, una sección de mesas dentro del local, otra intermedia protegida por cristales y un texto y tres hileras de mesas en la banqueta de la calle. El lugar se reconoce desde lo lejos porque su color de identificación es el rojo. No se encuentra en zona comercial porque la vida activa fluye varias cuadras hacia la estación Montparnasse del metro, pero como que tiene ya su clientela localizada, aunque es posible ver de pronto que pasan transeúntes, miran el lugar por primera vez, les llama la atención el nombre y se convierten en clientes. Dentro del local hay unos cinco o siete cuadros con la figura de un perro fumando, además de dos pizarrones verticales con los platillos y vinos del día.

Fui ahí porque después de darle vueltas llegué a la conclusión de que me parecía el lugar más adecuado del café de donde salió la *Maga* y Oliveira la vio por primera vez. Mi amigo Pablo me dijo que él como argentino había sabido por otros argentino que Cortázar en varias ocasiones había llegado a ese café a escribir algunas de las páginas de *Rayuela*, así como el Café de Flore había sido el lugar de escritura de algunos de los textos de Sartre y de Simone. En *Rayuela* hay dos citas de Cortázar

7



Montparnasse, París, Francia.

del *Chien*, una como uno entre la larga lista de los cafés que frecuentaba el escritor y otra donde la *Maga* llegó a tomarse dos copas de vino blanco. Visto ahora, el café en realidad no ofrece ninguna particularidad salvo lo atractivo y simpático del nombre, sus mesas son igual de chicas e incómodas que las de los cafés de Saint-Germain-des-Prés y hoy en día el ruido es infernal como para suponer la posibilidad de tranquilidad para escribir una novela.

Pero las cosas suceden como suceden. La segunda vez que desayunamos nos atendió una chica francesa muy guapa, ojos azules, joven, pelo rubio largo, sonriente y activa. Pedimos un desayuno a la francesa: fruta, zumo de naranja, café cortado y *croissant*. Como el lugar no tenía clientes a esas diez de la mañana, ella pasaba y nos hacía un comentario de cualquier cosa. Y así fue como yo le dije si sabía que en ese café se había escrito una novela que este año cumplía 50 años y que era muy famosa en el idioma español y me respondió que no alzando los hombros. Luego volví a la carga diciéndole —ya no preguntándole— que uno de los personajes de ficción que existió en la vida real había ido varias veces al café y que había muchos curiosos que venían a París a seguir los pasos de la novela, y ella como que comenzó a interesante aunque me dijo que tampoco sabía ese dato. Claro que como era muy joven, alrededor de veinticinco años, era imposible que tuviera alguna referencia de una novela que fue exitosa en español y que circula por ahí en libros de viejo de los puestos de la rivera izquierda del Sena, donde lo mismo venden libros que llaveros y pinturas y tarjetas postales. Así que como si indagara datos en México, le pregunté si conocía a alguna empleada anterior, de mayor edad, que hubiera tenido referencias a esa uruguayaya que llegaba con un argentino a tomar café o al mismo argentino a tomar una copa de vino y escribir en una libreta durante largas horas. Esta pregunta salió como si nada y le iba a comentar otra cosa cuando

—Creo que sí. La mamá de una amiga alguna vez nos contó algunas historias sin importancia del café y mencionó algo.

Salté de la silla.

—¿Recuerdas algo del nombre?

—No, pero se reía cuando contaba el acento de esas personas de Latinoamérica, palabras muy cantadas, diferentes al español de España que escuchábamos en los cafés. Era como un apodo..., déjame ver..., espera..., no, no me digas porque entonces me voy a confundir más.

—Déjame decirte algunos

—no

—es

—ahora regreso

Y se fue a atender a una mesa. Yo me quedé entre intrigado y animado, tenso, en realidad, y le dije a mi amigo Pablo que sería una suerte si podríamos tener la punta de una hebra de la historia real que animó a *Rayuela*. Con la viste seguí a nuestra improvisada amiga y ella misma nos echó un par de miradas de reojo. Y de pronto se dejó venir.

—Creo, si mal no recuerdo, que tenía un apodo como de espectáculo, del cine, algo así como de payasos, no sé si de circo.

A mí se me quemaba la ansiedad por darle una pista pero no quería ahuyen-

tarla. Ella nos sonrió, dijo regreso más tarde, y corrió a atender otra mesa. Yo ya no quería entusiasmarme demasiado porque sabía que ese hilito no podría jalarlo, podía estar en París unos cuatro días más, pero sin la certeza de localizar a los involucrados. Nuestra amiga regresó

—Pues no sé más. Sí tengo vagos recuerdos pero nada confirmado.

—¿Puedo ayudarte con algunos datos?

—Ahora sí —dijo con una sonrisa cómplice.

—¿Te suena el nombre de Julio Cortázar, Oliveira, Morelli?

—No.

—¿Y el de la *Maga*?

Nuestra amiga francesa se quedó quieta, entornó los ojos

—Ah, creo que sí, creo que era el nombre.

Y contó lo que recordaba.

La mamá de su amiga había sido también mesera del *Chien* allá por los cincuenta y trabajó hasta que las fuerzas le duraron; su hija también fue mesera del *Chien* pero duró poco porque se cambió a un café de Saint-Germain-des-Prés, pero no duró mucho porque fue a la Sorbonne y luego se quedó en el espacio académico. Entre los tres hicimos una línea del tiempo: la mamá había trabajado en el *Chien* cuando tenía entre cuarenta y cincuenta años de edad, su hija nació en 1968, por lo que tenía unos cuarenta y cinco años, nuestra amiga francesa andaba por los veinticinco. ¿Cómo se conocieron? En realidad hace como unos cinco años. Nuestra mesera iba al *Chien* como clienta desde hacía unos ocho años y como a sus dieciocho se encontró en una mesa junto a la hija de la ex mesera, de la nada surgió una plática y la hija le comentó que su madre había trabajado en el café y que se había retirado contenta. Nuestra mesera entonces estaba decidiendo su vida, no quería estudiar y ya pensaba en buscar empleo, y su compañera de mesa le dijo que ella podría recomendarla al café *Chien* porque la conocían por su madre. Todo un enredo que sonaba como a película mexicana de vecindad de los años cincuenta en blanco y negro.

Se hizo amiga de su circunstancial compañera porque siguió yendo al café, aunque hacía más de un par de años que se había cambiado de ciudad por razones de empleo y perdió todo contacto. Quedaron de enviarse direcciones pero ya no hubo conexión. Nuestra mesera sabía que la madre de su amiga ya había fallecido.

¿Qué le contó su amiga que le había dicho su madre sobre los sudamericanos que iban a tomar café y uno de ellos a escribir en el *Chien*? Nuestra amiga francesa, que iba y venía porque poco a poco llegaban más clientes al lugar aunque sin llenar la ocupación, también nos dejaba información a retazos. Hubiera sido fácil buscarla al salir de su horario pero ella ya nos había dicho que tenía su horario ocupado y no iba a cambiarlo por unos sudamericanos locos que buscaban personajes literarios que habían vivido en la vida real de hace más de cincuenta años. Así que tuvimos que conformarnos con la información entre cuenta y cuenta.

Bueno, efectivamente la *Maga* era asidua del *Chien*, iba casi todas las mañanas a tomar café, vivía por la zona de Montparnasse. No era bonita, nos dijo, pero sí atractiva, casi no se maquillaba y siempre andaba con una sonrisa en el rostro. A Cortázar lo recordaban por lo que era su sello inconfundible: su estatura de casi dos

metros, aunque no conocían su enfermedad que lo llevaba a no detener su crecimiento. Además, era reconocible por sus cejas pobladas, su flacura, sus movimientos como de basquetbolista, siempre con periódicos y una libreta en las manos; por su altura, tenía que encorvarse sobre la mesa a la hora de escribir. No parecía amigable, siempre muy serio, pero siempre tenía algún comentario adicional al pedir su café o su cuenta. A veces estaba acompañado de amigos y sí recuerdan a la mujer sudamericana con la que llegó un par de veces.

Eso era todo.

Bueno, casi.

Nuestra mesera nos comentó la razón por la que Cortázar se quedó como un recuerdo vago en la mesera de aquellos años cincuenta. La mamá de su amiga le había preguntado a su cliente, como hacía siempre con los que le daban confianza más allá del trato formal, que qué tanto escribía y Julio le respondió que una novela, a lo largo de tres o cuatro estancias ella supo que se llamaba Julio, que era argentino y que tenía varios años viviendo en París, además de que le había resultado simpático la forma en pronunciar la erre en un sudamericano que dominaba el francés. En su ingenuidad, ella le preguntó de qué se trataba la novela, si de París o de su país, Argentina, y él le dijo que de los dos, ella le sonrió y él le dijo además que le caía bien y que la iba a meter en su novela como personaje, le preguntó su nombre y ella le contestó que Mia y Julio le dijo que era un nombre muy bonito, realmente, y que en español quería decir mía, de propiedad, que en francés se decía “le mien”, pero que no la pondría con ese nombre sino con otro y que ella tendría que comprar el libro y leerlo para descubrirse, aunque tenía que esperar a la aparición de la traducción al francés, pero que él, Julio, se daría una vuelta para avisarle, y los dos sonrieron con complicidad.

10

Lo que Mia no supo de Cortázar era su tendencia a comprometer una relación posterior y luego olvidarse de ella, como si sólo tratara de escabullirse de mantener constancia pero sin tener que decir adiós. Así como apareció en el *Chien*, así dejó Cortázar de ir y Mia en realidad nunca supuso que aparecería en una novela de un escritor argentino, aunque siempre se le quedó grabada la historia y se la contó a su hija y ésta a su vez se la contó a Juliette cuando se encontraron mesa con mesa y la hija le dijo a Juliette que el *Chien* era un buen lugar para trabajar y Juliette se quedó y nos contó la historia no contada de una microhistoria de *Rayuela*.

Juliette me preguntó a mí por qué la curiosidad y qué haría con la historia y le dije que era periodista y escritor de México y que andaba en busca de algunos lugares de *Rayuela* de Cortázar y que esas historias las iba a incluir en un libro que esperaba publicar a finales de este año de 2013 y que me había hecho el compromiso de editar, con mis propios recursos, unos ejemplares traducidos al francés, y que la iba a incluir en la historia aunque con otro nombre y que ella tendría que buscar el libro y leerlo para descubrir dónde aparecería y que yo le avisaría de la publicación del libro.

Ella soltó una risa franca, dejó la cuenta, dio media vuelta y se fue a atender otra mesa.

Yo cerré mi libreta, luego de escribir con tinta roja y subrayada:

—Avisarle a Juliette del libro en francés.

ARCHIVO
CARLOS RAMÍREZ /  **Indicador POLÍTICO**
 Proyecto México Contemporáneo 1970 - 2020

1. Salinas de Gortari, candidato de la crisis.
2. El proyecto salinista.
3. El nuevo sistema político mexicano.
4. La vida en México en el periodo presidencial del *Sup Marcos*.
5. Las muchas crisis del sistema político mexicano.
6. El nuevo sistema político mexicano.
7. La polémica Sartre-Camus.
8. Carlos Fuentes: el pensamiento Manchuria.
9. Narcotráfico y violencia: vidas paralelas.
10. Las estaciones políticas de Octavio Paz.
11. El crimen del padre Leñero.
12. Manuel Buendía 1948-1984.
Periodismo como compromiso social.
13. La posdemocracia en México.
14. México: hacia un nuevo consenso posrevolucionario.
Lázaro Cárdenas, la izquierda y la última muerte
de la Revolución Mexicana.
15. Los intelectuales en el reino de *PRRracusa*.
La parresia de Gabriel Zaid.
16. Los intelectuales inventaron a Fidel Castro.
17. Benedetti, el último comisario del Camelot tropical.
18. Emilio Rabasa: prensa y poder en el siglo XIX.
19. Carlos María de Bustamante (1874-1848).
Los intelectuales y la política en el México independiente.
20. García Márquez no le torció el cuello al cisne.
31. De cómo Cuba y Fidel Castro castraron literariamente a Cortázar
32. Cortázar en París
33. Una entrevista inédita con Cortázar
34. El cuento de Cortázar
35. La *Maga*, modelo para armar
36. Imágenes del centenario de Julio Cortázar

*Escanea el código QR para visitar el
sitio de Noticias Transición:*

